

# Antonio Muñoz Molina

## TALLER DE LECTURA



RED DE BIBLIOTECAS DEL CONCELLO DE OLEIROS

«El olvido tenía una textura tan variable y azarosa como la memoria. El que se marcha olvida con mucha más facilidad que el que se ha quedado. Para el que se marcha desaparece el mundo en el que se anclaba la memoria.»

*«Flotando sin esfuerzo en una doble extranjería, americano a disgusto en España y español resabiado y escéptico en Estados Unidos, despegado últimamente de todo salvo de algunos recuerdos y algunos lugares.»*

¡Hola, lector!:

Leemos juntos *No te veré morir*, del escritor Antonio Muñoz Molina, dentro del monográfico *Historias dentro de la Historia*.

*No te veré morir* es una novela sobre el poder de la memoria y el olvido, la lealtad y la traición, los estragos del tiempo y la obstinación del amor y sus espejismos. Es la conmovedora historia de una pasión frustrada por la vida y un hermoso retrato sobre la vejez escrito con una delicadeza extrema.

Durante su juventud, Gabriel Aristu y Adriana Zuber protagonizaron una apasionada historia de amor que parecía destinada a durar para siempre. El futuro, sin embargo, tenía otros planes para ellos. Separados durante cincuenta años por un océano de incomunicación, ella atrapada en la España de la dictadura, él viviendo el éxito profesional en Estados Unidos, vuelven a encontrarse en el ocaso de sus días. Miradas, caricias, deseos acallados y viejos reproches dejarán paso entonces a la

constatación de que la nostalgia de aquel primer amor lo es también de la persona que una vez fuimos.

*«Igual no me querías tanto como pensabas, o no estabas enamorado de quien era yo. Estabas enamorado de tu amor por mí.»*

Mira lo que ha dicho la crítica sobre *No te veré Morir*:

«Un magistral acto de fe en la escritura como depósito de memoria»; «Un viaje en el tiempo hacia un pasado de valores y esfuerzos no prescritos, un soberbio abanico de emociones y sentimientos»; «Un libro inolvidable»; «Pocos escritores hay tan dotados para atrapar la vida en sus detalles mínimos, que son los más elocuentes. Este libro es importante por cumplir algo que solo la literatura puede hacer: ser un fantasma, figura y sombra de los recuerdos, que únicamente su narración puede salvar»; «Un autor majestuoso con un mundo narrativo personalísimo y distinguible».

Aquí puedes enlazar a diferentes reseñas y entrevistas en torno a la lectura de *No te veré morir*:

RTVE: [Antonio Muñoz Molina: “La pasión y la belleza no se acaban con la juventud”](#)

- EL PERIÓDICO: [‘No te veré morir’ de Antonio Muñoz Molina: el libro de los amores imposibles](#)
- EL PAÍS (BABELIA): [El autor jienense publica ‘No te veré morir’, una novela donde juega con el tiempo y las nostalgias y vuelve a reflexionar sobre las contradicciones de Estados Unidos y la sórdida historia de España](#)
- LA RAZÓN: [Antonio Muñoz Molina: «La política se ha perdido en riñas y debates estériles»](#)
- EL OJO CRÍTICO (RNE): [Empezamos temporada con Antonio Muñoz Molina y su nueva novela: ‘No te veré morir’ \(Seix Barral\), que nos sirve para hablar con él de amor, tiempo, belleza, pasión, arte y música.](#)
- LA VANGUARDIA: [La vida pasa, permanece el recuerdo](#)

Un breve apunte:

*No te veré morir* no se limita a ser una apasionante historia de amor, es igualmente un sintético relato de nuestro tiempo. Con pinceladas muy precisas el autor evoca momentos de la contienda civil, de la triste posguerra y del franquismo tardío, épocas que contrastan con esa arrebatadora California de finales de los sesenta que acoge a nuestro joven economista. Como en *La noche de los tiempos*, donde Muñoz Molina revivía a Negrín, Moreno Villa o Bergamín, entre otros, aquí vuelve a

la vida fundamentalmente a músicos relacionados con el padre de Gabriel, melómano impenitente: Igor Stravinski, cuya poquedad física contrasta cómicamente con su grandeza musical, y Pau Calsals, sobre todo; también al musicólogo Adolfo Salazar y al poeta músico García Lorca. Aristu conserva, por ejemplo, y muestra cuidadoso a su amigo Máiquez en el retiro campestre junto al Hudson, la partitura de la Suite nº 1 de Bach, anotada a lápiz por el mismo Casals y dedicada a su padre, quien, exponiéndose a nuevas represalias dictatoriales, iría valientemente a visitarlo a Prades en el verano del 54.

*Puedes visitar la página web del autor: [www.antoniomuñozmolina.es](http://www.antoniomuñozmolina.es)*

---

## VIDA Y OBRA

---

Antonio Muñoz Molina nació en Úbeda, Jaen, un 10 de enero de 1956.

Estudia Historia del Arte en la Universidad de Granada y periodismo en Madrid, y trabaja durante unos años como funcionario municipal. Paralelamente colabora con el diario *Ideal* y en 1984 publica *El Robinsón urbano*, libro que recopila sus distintos artículos periodísticos.

En 1986, publica su primera novela *Beatus ille*, en la que ya aparece la ciudad imaginaria de Mágina, que utilizará en repetidas ocasiones a lo largo de su carrera. Al año siguiente publica *El invierno en Lisboa* y con ella obtiene el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Narrativa. En su obra se aprecia claramente la influencia del cine negro y la novela policíaca, como puede constatarse en *Beltenebros* (1989). Con esta obra se da a conocer al gran público, especialmente tras la adaptación al cine dirigida por Pilar Miró dos años después.

En 1992, gana de nuevo el Premio Nacional de Literatura, esta vez por *El jinete polaco*, que le lleva a obtener además el Premio Planeta de 1991. *Los misterios de Madrid* se edita como novela en 1992, después de haberse publicado inicialmente por capítulos en *El País*. Otras de sus obras son:

*Nada del otro mundo* (1994), *Plenilunio* (1997, Premio Femina Étranger de Francia y también llevada al cine), *En ausencia de Blanca* (1999) y *Ventanas de Manhattan* (2004). *El viento de la luna* (2006), *La noche de los tiempos* (2009), *Como la sombra que se va* (2014), *Un andar solitario entre la gente* (2018), *Tus pasos en*

la escalera (2019), El miedo de los niños (2020), Volver a dónde (2021) y No te veré morir (2023).

En 2004, es nombrado director del Instituto Cervantes de Nueva York, cargo que ocupa durante dos años. Muñoz Molina es además miembro desde 1995 de la Real Academia Española, en la que ocupa el sillón "u". Su labor periodística le lleva a obtener en 2003 el Premio González-Ruano de Periodismo y el Premio Mariano de Cavia. En 2007 es investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Jaén como reconocimiento a toda su trayectoria. El 5 de junio de 2013 fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras convirtiéndose en el autor más joven a lo largo de sus treinta y tres ediciones pasadas del premio. Además de los ya citados, ha recibido distintos premios como el Ícaro, el Crisol o el Euskadi de plata.

## PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE LAS LETRAS 2013

***Intelectual comprometido y observador escrupuloso de la realidad, Muñoz Molina concibe la escritura como un atesoramiento personal de experiencias compartidas.***

[Lee aquí el discurso de aceptación pronunciado por Muñoz Molina aceptando el galardón:](#)

Escribir empieza siendo casi siempre un sueño o un capricho o una vocación imaginaria. Pero el sueño, el deseo, el capricho, no llegan a cuajar en nada si no se convierte en un oficio. Un oficio, cualquier oficio, requiere una inclinación poderosa y un largo aprendizaje. Un oficio es una tarea que unas veces resulta agotadora o tediosa por la paciencia y el esfuerzo sostenido que exige, pero que también depara, cuando las cosas salen bien, momentos de plenitud, y permite entonces la recompensa de un descanso que es más placentero porque se siente bien ganado, al menos hasta cierto punto. Digo hasta cierto punto porque todo el que se dedica plenamente a un oficio sabe que siempre hay una distancia grande entre las mejores posibilidades de un proyecto y su realización, igual que hay descubrimientos con los que no se contaba. Un oficio es una tarea práctica: uno hace algo que le gusta y que a costa de aprendizaje y empeño ha logrado hacer con cierta garantía de solvencia, pero no lo hace para sí mismo, por mucho que esa tarea la haga a solas y que en el simple hecho de llevarla a cabo haya una satisfacción privada. El resultado que se obtiene de ella alcanza una existencia objetiva, independiente de quien la realizó, y pasa a integrarse beneficiosamente en las vidas de sus destinatarios: un instrumento musical o una partitura, una herramienta, una mesa, una historia, un cuaderno, un cuadro, un cuenco de barro, una fotografía, un hallazgo científico, un

paso de danza, la cura de una enfermedad, un prodigio deportivo, un plato bien cocinado, una pirámide de alcachofas en el escaparate de una frutería.

Hay algunas singularidades en el oficio de escribir, como las hay en cualquier otro. La primera es que la necesidad humana que satisface es una de las más intangibles, aunque también una de las más universales: la de saber historias y la de contarlas, es decir, dar una forma inteligible al mundo mediante las palabras. Una historia, de ficción o no, propone un modelo universal de un cierto campo de la experiencia a partir de la observación de los datos particulares de la vida. Del mismo modo actúa el científico, elaborando modelos teóricos derivados de la observación y la experimentación, que sirvan, doblemente, para explicar y predecir. En las sociedades primitivas o antiguas el mito es el modelo de explicación y predicción de los comportamientos humanos. Nuestra variedad moderna del mito es la ficción, en todas sus variedades, desde las más banales, más toscas, más comerciales y efímeras, hasta las más hondas y exigentes, desde la telenovela y el videojuego a Don Quijote o Moby-Dick o a un cuento de mi querida Alice Munro.

Nos dedicamos, pues, a un oficio más antiguo y más útil de lo que parece. También a un oficio mucho más incierto. Porque en él, y esta es su segunda singularidad, la experiencia no ofrece ninguna garantía, y puede haber una divergencia escandalosa entre el mérito y el reconocimiento.

Quien escribe sabe que ha de dedicar a su oficio tantas horas y tantos años como un artesano al suyo, y que sin esa dedicación no logrará completar nada de valor. Pero también sabe que la entrega, por sí misma, no garantiza la calidad del resultado, porque la experiencia y la dedicación pueden conducirlo al amaneramiento anquilosado y a la parodia de sí mismo. Y también sabe que lo mejor unas veces es reconocido de inmediato y otras veces es ignorado, y que lo que parecía mejor a veces se desmorona al cabo de muy poco tiempo, y que una extraña justicia tardía alumbró mucho tiempo después, sin compensación posible, al talento verdadero que no brilló en vida.

El desaliento ante las incertidumbres del oficio se acentúa más en tiempos de incertidumbres tan amargas como estos. Es difícil hablar de la perseverancia y el gusto del trabajo en un país en el que tantos millones de personas carecen angustiosamente de él. Es casi frívolo divagar sobre la falta de correspondencia entre el mérito y el éxito en literatura en un mundo donde los que trabajan ven menguados sus salarios mientras los más pudientes aumentan obscenamente sus beneficios, en un país asolado por una crisis cuyos responsables quedan impunes mientras sus víctimas no reciben

justicia, donde la rectitud y la tarea bien hecha tantas veces cuentan menos que la trampa o la conexión clientelar; un país donde las formas más contemporáneas de demagogia han reverdecido el antiguo desprecio por el trabajo intelectual y conocimiento.

Aun así, y dejando las responsabilidades de la ciudadanía en el lugar que les corresponde, el único remedio aceptable que conozco contra el desaliento del oficio es el oficio mismo. Escribir poniendo artesanalmente en cada palabra los cinco sentidos. Escribir sin concederse la menor indulgencia. Escribir aceptando y disfrutando la soledad y agradeciendo el entramado de otros oficios fundamentales que lo convierten en uno de los oficios menos solitarios y más colectivos del mundo, como es solitario y colectivo el del músico y el del científico; agradeciendo el oficio del editor, del corrector de pruebas, del traductor, del librero, del crítico, el de otros escritores de los que uno aprende admirándolos, el oficio del que enseña a leer y del que trasmite en un aula el amor por la literatura; agradeciendo el oficio más placentero de todos, que es el del lector. Escribir con el miedo a no tener lectores y con el miedo a perderlos, sobreponiéndose lo mismo a los elogios que a las heridas. Escribir porque a pesar de todas las negaciones y las imposibilidades la escritura, como cualquier oficio, es sobre todo un acto de afirmación. Escribir porque sí.

En 1981 se entregaron por primera vez estos premios y vuestra alteza presidió en ellos su primer acto público. Aún se vivía entonces bajo el trauma sombrío y reciente de una tentativa de golpe de estado. En su discurso de agradecimiento, el poeta José Hierro aludió con alegría y alivio, pero también con plena conciencia del peligro, al “aire de libertad que respiramos”. Ese aire, a pesar de todos los pesares, lo seguimos respirando 32 años después, que constituyen el período más largo de libertad que se ha conocido en la historia entera de nuestro país. Es importante recordar estas cosas ahora, cuando el porvenir parece en muchas cosas tan incierto como entonces. En este tiempo se ha hecho adulta la generación entera que nacía por entonces, que es la de mis hijos. Sus vidas son ya más difíciles de lo que imaginábamos hace sólo unos años, pero es importante recordar que también aquellos tiempos de 1981 nos parecían amenazadores cuando nosotros los vivíamos. Y sin embargo no hemos dejado de respirar el aire de libertad que celebraba José Hierro. Sin esa respiración no habría sido posible la generación literaria a la que yo pertenezco. Incluso nos hemos acostumbrado tanto a ella que corremos el peligro de no saber ya apreciarla. Es nuestra responsabilidad salvar lo que ganamos gracias a que muchas personas hicieron y hacen bien sus oficios, privados y públicos; y también reflexionar con urgencia sobre todos los errores, todas las inercias y descuidos que necesitamos corregir. En esa tarea los oficios de las palabras podrán ser más útiles que nunca.